

Aunque con el crucero pudo darse al fin por concluida la grandiosa fábrica, todavía quedó tarea en la segunda mitad del siglo XVII para Francisco de Campo Agüero y Francisco de Viadero, que titulados maestros de la iglesia al igual de Rodrigo Gil de Hontañón, obtuvieron la honra de ser enterrados al lado de éste al fallecer el uno en 1660 y el otro en 1688 (1). En la sacristía, sagrario, archivo y sala capitular tuvieron los dos donde emplear su diligencia; y hasta en lo más reciente del templo faltaban numerosas vidrieras, sin cuya colocación no podía caer el muro que separaba aún las naves de la cabecera. Todas se pusieron en la capilla mayor y en las naves y capillas del trasaltar de 1674 á 1689, logrando Francisco Herranz auxiliado del fabricante Danis recuperar el secreto de la pintura en vidrio, perdido ya entre los mismos flamencos sus inventores (2). Todavía á principios del siglo inmediato seguía pagando la ciudad mil ducados anuales para la obra de la catedral, que no pudo ser consagrada antes de 1768. Posteriormente, de 1789 á 1792,

(1) Sus lápidas, siguiendo la suerte de la de Rodrigo Gil, fueron con ella trasladadas al claustro donde se conservan. En la de la derecha se lee: «Aquí yace Francisco de Campo Agüero maestro que fué de esta santa iglesia de la obra de cantería; falleció á 12 de setiembre año de 1660». Y en la de mano izquierda: «Aquí yace Francisco de Viadero maestro arquitecto que fué de la obra de esta santa iglesia veinte y ocho años; falleció á 18 de octubre año 1688».

(2) En el archivo de la catedral se conserva inédito un tratado sobre la misma materia escrito por el mismo Herranz, que era pertiguero del cabildo y que según expresa en la portada pintó por su mano las cincuenta y cuatro vidrieras de la obra nueva; y á dicho tratado va unido otro sobre la fábrica del vidrio por Juan Danis, que tenía su horno en Valdemaqueda provincia de Ávila, establecido en 1676 á instancia de los canónigos y especialmente de don Tomás de la Plaza Aguirre, quien indujo á los dos artistas á escribir sus observaciones. Por este tiempo, aunque no lleva fecha, pasó el cabildo al ayuntamiento una comunicación existente en el archivo municipal, en la cual se lee que «aviendose gastado hasta el día de hoy noventa mil reales, así en diez y seis vidrieras de las pintadas y seis de las capillas que están asentadas, y materiales que hay para proseguir en gran parte, y ornos y experiencias que se han hecho para conseguir lo que tanto se ha deseado, y que no se podían derribar los paredones sin tener la iglesia todas las vidrieras, y además de esto ser esta obra tan dificultosa que no hay en España y en Flandes quien la haga, solo Francisco Herranz el pintor que á fuerza de experiencia ha conseguido sacarlas con la perfección y firmeza que se ha experimentado, y que puede faltar y quedar esta obra imperfecta y para ella se están deviendo cuarenta y seis mil reales», propone á la ciudad tres medios para procurarse fondos y que nombre caballeros comisarios.

se cubrió su pavimento con esas cuadradas losas de mármol, blancas, rojas y pardas, que tanto contribuyen á su realce.

Asombra por dentro, aún más que por fuera, la homogeneidad de un edificio construido en tantos años y durante una revolución artística tan radical. Obra rezagada, por no decir póstuma, del arte gótico, nada sin embargo se resiente de las exuberancias y caprichos propios de la decadencia, ni de las vacilaciones y amalgamas que señalan la proximidad de la transición. Todo en ella es armonioso cuanto sencillo: no hay línea ni detalle que desmienta su carácter, ni ornato superfluo que lo afecte. Sobria crucería entreteje las bóvedas así de las naves laterales como de la central, que se eleva poco menos de un tercio sobre sus compañeras; los pilares de planta circular se componen de sutiles juncos, no ceñidos por anillos de follaje, sino terminado cada cual en su respectivo capitel; los arcos, de ojiva poco marcada, tienden otra vez al semicírculo y van guarnecidos de escasos bocelos. Sobre los de comunicación en la nave principal y sobre los de las capillas en las menores corren andenes, cuyas trepadas barandillas trazan un delicado friso, y que taladrando los machones permiten interiormente dar la vuelta al templo cual los hemos visto por fuera muy parecidos. Debajo de cada bóveda se abren en los muros de una y otras naves tres ventanas, mayor la de en medio que las extremas como en otras iglesias de imitación gótica se acostumbra, de medio punto, sin arabescos en su vértice y sin molduras apenas, pero cubiertas de arriba á bajo de brillantes vidrios de colores que representan, según dijimos, pasajes del viejo Testamento en las pequeñas y del nuevo en las grandes. Á esta luz tan copiosa y de tan variados matices debe especialmente la catedral de Segovia la alegría y desahogo que respira y que forma su distintivo.

Pero donde más se ostenta su gallardía es cabalmente en la cabecera, que como edificada más tarde parece que había de presentar más visibles señales de adulteración y moderna liga; y en esto consiste la ventaja principal que lleva á la catedral

de Salamanca, con la cual tan marcadas analogías tiene en sus artífices y en su historia, en su estilo y en sus proporciones (1). Gloria inmarcesible de Rodrigo Gil es la de haber dado al heptágono de la capilla mayor una gracia comparable á la del mejor ábside bizantino, cerrando su bóveda con una lindísima media estrella esmaltada de florones: en los siete lunetos trazó ventanas ¡cuán bellas un día con sus pintados cristales, malamente reemplazados ahora con vidrios blancos para derramar en el presbiterio una innecesaria claridad! y debajo de cada ventana abrió tribunas, que entre sí se comunican formando galería sobre las naves del trasaltar. Iguales estas en todo á las de los costados del templo, giran á espaldas del santuario; ¿y quién creyera que sus bóvedas de crucería, las nueve capillas que rodean su hemicycle, el calado antepecho que por cima las circuye, las triples lumbreras que bañan de vivísimos cambiantes los objetos, aquel magnífico conjunto en fin tan gótico en su disposición y en su fisonomía, sea de fecha más reciente que el Escorial y que lo hayan erigido manos que trabajaron antes á las órdenes de Herrera en las obras de la maravilla greco-romana? Hasta en los brazos del crucero, por donde se terminó, aparecen ventanas y claraboyas iluminadas de colores, y continúan los dos andenes, el superior á la altura de las naves menores y el inferior á la altura de las capillas; y sobre los arcos torales que aguantan el cimborio circula un pasadizo semejante. De él arrancan los lunetos del primer cuerpo rectangular, y solamente en las pechinas que en sus ángulos resultan se advierten ornatos un tanto barrocos; el anillo, la media naranja y la linterna son de extremada sencillez.

(1) Tiene la de Segovia, según las medidas más autorizadas, 380 pies de longitud y 180 de anchura repartidos en esta forma, 53 la nave principal, 37 cada una de las laterales y los restantes las capillas. La altura de las naves menores es de 80 pies, la de la mayor de 116 y la de la cúpula de 221. Comparadas estas dimensiones con las de la catedral de Salamanca consignadas en la pág. 78, resulta que la de Segovia la excede en dos pies de longitud y que tiene uno menos de anchura, 14 menos de elevación en la nave central y 8 menos en las laterales.

La disonancia más notable de aquella armonía está en el moderno retablo que ocupa el fondo de la capilla mayor amoldándose á su curva, aunque se componga de variados mármoles y de dorado bronce, aunque corresponda á la munificencia de Carlos III que lo costeó, y á la fama de Sabatini que trazó en 1768 su modelo, y á la decantada pureza y gravedad arquitectónica que formaba las delicias de los académicos coetáneos. Las estatuas de madera estucada, que en los intercolumnios del primer cuerpo representan á San Hieroteo y á San Frutos, y sentados en el segundo á San Valentín y Santa Engracia á los lados del medallón que entre rayos y nubes contiene el nombre de María, y en el remate á dos ángeles mancebos en actitud de adorar la cruz, las labró Manuel Pacheco: allí nada hay de antiguo sino la efigie del nicho principal, la Virgen de la Paz puesta en su silla, con la cabeza y manos de marfil y el ropaje de plata, regalada á la iglesia por Enrique IV y transmitida, según dicen, á sus antecesores desde el tiempo de San Fernando. Cierran el arco de entrada de la capilla y los dos laterales tres magníficas rejas de hierro, que á pesar de trabajadas en 1733, pudieran calificarse de platerescas por su adorno y medallones y gracioso coronamiento de azucenas; y del mismo género son la del ingreso del coro y la verja ó valla que pone á este en comunicación con el presbiterio, atravesando la anchura del crucero y la de otra bóveda intermedia, toda enlosada de lápidas sepulcrales de obispos. El púlpito de mármol, con relieves de la Concepción y de los evangelistas, fué traído de San Francisco de Cuellar después de suprimido el convento, de cuyo patrono duque de Albuquerque son los blasones esculpidos en el pedestal.

Bajo la tercera y cuarta bóveda, de las cinco que componen la nave central, se extiende el coro, cuya sillería se hizo para la catedral vieja medio siglo poco más ó menos antes de resolverse la translación, según demuestran el estilo de sus arabescos, complicados pero todavía puros, y la arquería conopial que for-

ma el respaldo de sus sillas altas, encerrando otros arcos rebajados y apoyada en sutiles columnas. Sobre la episcopal se ve el escudo de don Juan Arias que tanto hizo en su largo gobierno de 1461 á 1497: las dos más próximas á la reja están guardadas para los reyes. Al pasar las sillas al nuevo edificio se añadieron ocho, y algunas más á fines del siglo pasado. También procede de la antigua iglesia el órgano del lado de la epístola, y aun se dice fué donativo de Enrique IV; mas para guardar simetría fué encerrado en una caja churrigueresca, muy semejante á la del órgano de enfrente costado en 1772 por el obispo Escalzo. Ocupaba el trascoro una capillita del Cristo del Consuelo con los sepulcros de los insignes prelados Losana y Covarrubias, cuando Carlos III cedió á fin de embellecerlo un rico retablo de mármol, que para la capilla de su palacio de Riofrío había trazado el célebre don Ventura Rodríguez y ejecutado los más distinguidos escultores de su tiempo. Acreditánlo el grupo de la Trinidad colocado en el segundo cuerpo y las estatuas de San Pedro y San Pablo sentadas á un lado y otro, no menos que las de San Felipe y Santa Isabel, santos de los padres del monarca, que llenan las hornacinas laterales; en el nicho principal, flanqueado por dos columnas corintias, están detrás de una cortina de brocado en urna de plata las reliquias de san Frutos y de sus hermanos, descubiertas providencialmente hacia 1461 dentro de la antigua catedral y veneradas desde entonces sin interrupción (1). Los costados exteriores del coro imitan con estucos de subidos colores la magnificencia de dicho respaldo, y en el centro de cada compartimiento presen-

(1) No se ha averiguado cómo vinieron á parar á la catedral de Segovia los restos del santo ermitaño y de sus compañeros, ni cómo se había perdido su noticia; sólo se dice que se conservaba vagamente por tradición, movido de la cual el obispo don Juan Arias, después de publicar ayunos y rogativas, hizo en 21 de noviembre registrar todo el templo por los canteros, y uno de ellos Juan de Toro tuvo la dicha de hallarlos rompiendo un hueco en el altar de Santiago, sanándose en el acto un dedo que tenía yerto, y verificándose otros milagros de que se abrió la información.

tan la figura de un evangelista entre dos puertecitas coronadas de frontón triangular.

Aunque desde mediados del siglo XVI quedó habilitado ya el cuerpo de la iglesia, no datan sino del siguiente por lo general los retablos de sus capillas. Empezando por las del costado del evangelio, en la de la Concepción ostentó sus títulos y su rumbo en 1647 don Pedro de Contreras y Minayo gobernador de Cádiz, capitán de los galeones de la plata, etc., luciéndose sobre todo en la preciosa verja de caoba. La de San Gregorio, fundada por los consortes Alonso Nieto y Ana Martínez, dió entrada ya á la degeneración barroca; no así la de San Cosme y San Damián y la de San Andrés en sus estimables retablos de principios de la misma centuria, costado el uno en 1603 por Damián Alonso Berrocal y el otro por Andrés de Madrigal canónigo y tesorero. Sólo una obra hay allí del XVI que en celebridad y mérito vale por todas, y es en la última capilla de aquella andana el grupo de nuestra Señora de la Piedad, que inmortaliza á Juan de Juni más que cualquier otra acaso de sus admirables esculturas. Sorprende la expresión de los semblantes y el fuego de las actitudes tal vez excesivo, pero choca en el retablo la caprichosa arquitectura que solía emplear: completan el cuadro dos figuras de soldados puestas en los intercolumnios y en lo alto el Padre celestial de medio cuerpo, sobre el cual asoma en una cartela la fecha de 1571 (1). Perteneció dicha capilla al infatigable canónigo fabriquero Juan Rodríguez, por cuyas manos pasó durante cuarenta años todo lo obrado en el

(1) Las figuras principales mayores del natural son siete, á saber, el cuerpo de Jesús, la Virgen, José de Arimatea, Nicodemos, san Juan evangelista, la Magdalena y María Salomé; en el fondo se ve pintada la ciudad de Jerusalén. Mucho se ha escrito y con entusiasmo de esta bella composición, y Bosarté se adelanta hasta á interpretar los diálogos que expresan entre sí los personajes: pero al decir que toca en lo terrible el grado de fuerza del autor, viene á confesar el defecto que en ella encontramos y es que raya en violenta y exagerada. Juni, vecino de Valladolid y traído de Italia por el señor Acosta obispo de Osma, era, según le caracteriza Ponz acertadamente, «un profesor de fuego extraordinario que aun en asuntos quietos buscaba la imitación de una naturaleza agitada.» Véase nuestro tomo de Valladolid.

templo; y para ella obtuvo la reja de la capilla mayor de la catedral antigua que aún se reconoce por su gótico estilo, como en la de enfrente la del viejo coro (1).

Á la parte de la epístola el barroco altar de san Blas, el del Descendimiento de la Cruz anterior á la corrupción del gusto, y el moderno de santa Bárbara malamente jaspeado, no llaman tanto la atención como una tabla gótica que hay en el fondo de la segunda capilla, y como la antigua pila bautismal colocada en la tercera, que según las delicadas hojas que la cincelan puede muy bien remontarse á la primera mitad del siglo xv. Si alguna cosa se aproxima en época y en valía á las esculturas de la Piedad son las del retablo de Santiago, donde se le representa en el cuerpo principal vestido de peregrino, y en el segundo á caballo derribando infieles, y en el pedestal la leyenda del hallazgo de su cuerpo; y todavía compite más el incomparable retrato que en el mismo pedestal pintó el célebre Pantoja del fundador de la capilla Francisco Gutiérrez de Cuellar contador mayor del rey en 1580. Da entrada al claustro la capilla siguiente, á la cual se pasó desde el trascoro el Cristo del Consuelo con los entierros de aquellos dos eminentes obispos que en el siglo xiii y en el xvi fueron por tan diversos títulos ornamento de la iglesia de Segovia, Raimundo de Losana y Diego de Covarrubias. Quizá no sea más que un cenotafio la lápida puesta al confesor de san Fernando al hundirse la parroquia de San Gil donde se le creía sepultado (2); pero en la vecina tumba

(1) Consta por las actas capitulares que la primera reja fué concedida al canónigo Rodríguez en 16 de setiembre de 1558, y que la segunda en 9 de mayo de 1560 fué dada «para la capilla del hermano Pedro de Segovia que había dejado muchas fundaciones.»

(2) Advertimos ya que la fecha de 1259 puesta á continuación de los versos que insertamos no puede referirse á la muerte del prelado, sino á la de sus padres ó á la reparación de San Gil, y que por tanto es dudoso si se enterró en dicha parroquia ó en Sevilla donde murió arzobispo: pudieran de consiguiente no ser suyos los huesos traídos de San Gil. La inscripción que modernamente se le puso en la catedral dice así: *Ad venerandam et omni laude dignam memoriam Raimundi episcopi Segoviensis, archiepiscopi Hispalensis, á secretis et á confessionibus S. R. Ferdinandi III, hoc monumentum Ecclesia grata debita fide consecravil. Obiit die VI*

yace indudablemente el sabio canonista, lumbrera del concilio de Trento, y el *candor y elevación de aquella alma*, como dice Bosarte, *se trasluce en la fisonomía* de su excelente efigie de mármol tendida sobre la urna con vestiduras episcopales (1).

Cubiertas de bóveda de crucería con aristas y florones dorados y alumbradas copiosamente por tres ventanas de medio punto, guardan entre sí igualdad perfecta las siete capillas del *ochavo* ó trasaltar, á las cuales se agregan dos más anchas en los brazos de la elipse frente á los dos arcos laterales de la capilla mayor. De éstas la del lado del evangelio dedicada á San Antón se distingue por la churrigueresca talla de su retablo y del sepulcro de un obispo figurado de rodillas, el cual si pertenece al señor Idiáquez Manrique fallecido en 1615 como indica su lápida, debió ser erigido muchísimo después. Siguen formando el hemiciclo del templo la de San José, la de nuestra Señora del Rosario (2) y la de San Antonio de Padua, todas con figuras y cuadros apreciables de fines del último siglo. La del centro tiene tres retablos que hacia 1740 levantó el obispo Guerra al patrón de la diócesis San Frutos y á sus hermanos Valentín y Engracia, cuyas reliquias allí se custodiaron antes de ser colocadas en el trascoro. No quiso hacer menos el dadivoso obispo

augustí anno Dni. MCCLXXXVIII. — Acaso con motivo de dicha traslación vino de San Gil otra lápida que en 1776 se hallaba retirada con los referidos sepulcros en un pequeño guardamuebles del trascoro y que copió á la sazón un curioso, ignorándose ahora su paradero; publicóse en las notas de la edición de Colmenares de 1846: *Era MCCCXXXII (1304 de C.) hic jacet Dominicus Aymar et uxor ejus Sancia obiit, et debet venire ses mus cum candelis; quicumque hoc sepulcrum venderit vel emerit vel aperierit, sit excommunicatus.*

(1) Dice su epitafio: *Illustrissimus D. D. Didacus Covarrubias á Leyva, Hispaniarum præses sub Philippo rege II, hujus sanctæ Segoviensis ecclesiæ episcopus, hic situs est. Obiit V Kalend octobr. anni Domini MDLXXVII, ætatis suæ LXV.*

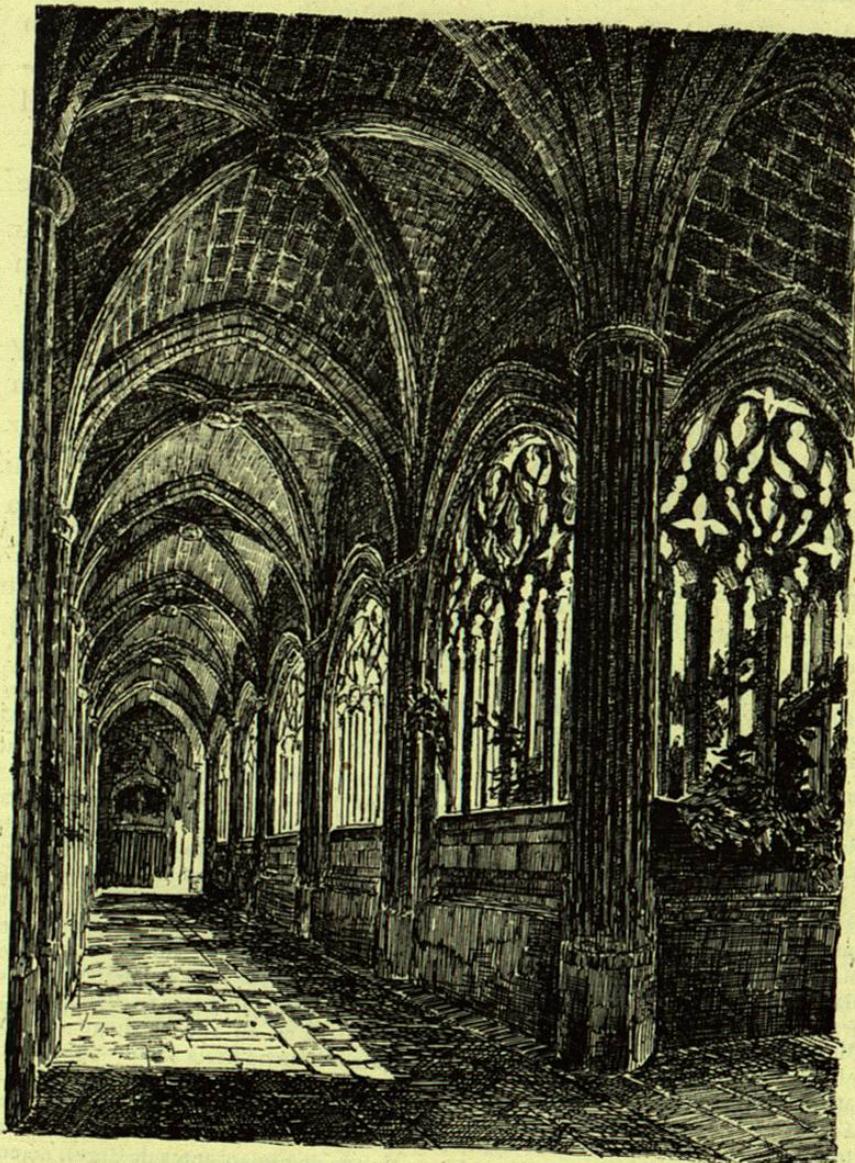
(2) En el suelo de esta capilla hay una losa de María Quintana, que después de una juventud viciosa murió en olor de santidad á 16 de gosto de 1734 y estuvo antes sepultada al pié del púlpito. La inscripción es digna de notarse: *Hic vesperre el mane et meridie laudes Deo reddidit, et vitandi crimina zelo preces et lacrymas juges effudit; hic quam intra chorum psallere sexus prohibuit, extra chorum fructuose psallere Spiritus docuit; hic tertio ab obitu die nondum rigida membra, á juncturis suis jamdiu separata quiescunt ossa. ¿An forsán post mortem etiam prophetabunt?*

Escalzo por San Hieroteo á quien al tenor de los falsos cronicones creía fundador de su sede, y en la capilla inmediata le dedicó un hermoso retablo, al pié del cual tuvo sepultura al acabar sus días en 6 de diciembre de 1773 (1). En la de San Ildefonso merece alabanza el relieve del santo recibiendo la casulla de mano de la Virgen, y más en la siguiente las figuras del Cristo á la columna y de San Pedro llorando su flaqueza, y todas las demás esculturas del retablo. Con la de San Antón corre parejas en revésado estilo su colateral á la parte de la epístola, titulada del Sagrario, porque de tal sirve en Semana Santa y en la octava del Corpus un tabernáculo que en el fondo de ella levantó Manuel Churriguera, uno de los de la célebre familia, y dentro de él un retablo más disparatado si cabe, debajo de una cúpula tan barrocammente adornada por dentro como maciza por fuera; á los lados se ven cuatro hornacinas algo mejores en su género donde yacen cuatro canónigos del linaje de Ayala. Una reja separa la capilla de la clara y espaciosa estancia que la precede, compuesta de dos bóvedas de crucería y rodeada de numerosos cuadros, entre ellos varios retratos de obispos (2).

(1) Dice de él su epitafio entre otras cosas: *ecclesiam cathedralem consecravil, magnis muneribus exornavit, religione ac pietate illustris*. Casi enfrente, á espaldas del altar mayor, está la lápida que recuerda la consagración del templo en 16 de julio de 1768.

(2) Aprovechamos esta ocasión para presentar el episcopologio de Segovia, más fácil de formar que el de otras diócesis por la notable ventaja de tener en este un guía tan seguro como Colmenares, que escribió sobre antiguas aunque sucintas memorias de la iglesia. Refiriéndonos pues á lo dicho al fin del cap. I, sobre la pretendida fundación de la silla por san Hieroteo que rechaza Flórez por apócrifa, sobre los seis obispos de la época goda y sobre Ilderedo durante la sarracena empezaremos el catálogo desde la restauración de la iglesia en 1120.—Pedro primer obispo, hasta 1148.—Juan, en 1151 promovido á la silla de Toledo.—Vicente, hasta 1156.—Guillermo, hasta 1170.—Gonzalo, hasta 1192.—Gutierre Girón, muerto en Alarcos en 1195.—Gonzalo Miguel, hasta 1211.—Gerardo, se le puso por gobernador de 1218 á 1221 al famoso don Rodrigo arzobispo de Toledo, y después como coadjutor á don Lope de Haro obispo de Calahorra; murió Gerardo en 1225.—El maestro Bernardo, hasta 1248.—Rodrigo, hasta 1249.—Raimundo de Losana, promovido en 1259 á Sevilla.—Fr. Martín, m. en 1264.—Fernando Blásquez, m. en Roma en 1277.—Rodrigo Tello, obispo antes de la muerte de su antecesor, y desterrado como favorable al infante de la Cerda, trasladado en 1288 á Tarragona.—Blasco, sobrino del penúltimo, m. en 1300.—Fernando Sarracín, m. en 1318.—Benito Pérez, m. en 1319.—Amado, hasta 1321 ó 23.—Pedro de

SEGOVIA



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL